

donde se reúne gente, pues la golondrina es sociable, amiga de habitar entre los hijos de los hombres.

La golondrina tiene otro mérito: se come a todas las larvas, a todos los insectos inmundos que ve. Mosca que cae bajo su inspección, que se cuente por difunta.

Esa liga que está formándose contra las moscas, o se halla formada ya, debiera contar entre sus socios de honor a las golondrinas emigradoras.

\* \*

Se me dirá que éste no es año de golondrinas, sino de cuervos y grajos...

Para que nos consolemos, nos anuncian que se están haciendo, en Inglaterra, preparativos para tres inviernos más.

Sin embargo, voces como susurros repiten: «No lo crean. No es posible, no hay resistencia que tanto dure. La paz se iniciará en otoño...»

Más vale atenerse a esto último. Más vale ilusionarse.

¿Quién nos quita este fulgor de esperanza?

¡Si fuese verdad — pero de canard tiene trazas más bien — que el Káiser ha anunciado para octubre el último acto de la tragedia!

El Káiser estará muy bien informado; pero, ni el Káiser, ni nadie, en el estado actual de la lucha, puede prever su término con exactitud.

Un solo dato parece indicar que no tarde mucho en inclinarse la balanza: y es que ya apenas queda potencia que no se haya mezclado en el conflicto, a excepción de las escandinavas y de Suiza, Holanda y España, por hoy neutrales.

Y declarada la guerra a Alemania por el mundo entero, será extraño que no la acorralen y rindan en algunos meses, aun cuando diríase que va a suceder lo contrario.

\* \*

Según las últimas referencias de la prensa (que modestamente confieso ser mis únicas fuentes de información, pues ninguna cancillería europea me pasa ninguna nota, ni hay en las cercanías, que yo sepa, ningún aparato oculto de telegrafía sin hilos), los rusos van replegándose, combatiendo a retaguardia, y los alemanes yéndoles a los alcances tenazmente.

Przemysl y Lemberg han sido reconquistados.

Los turcos, al principio no tan bien organizados, pero siempre llenos de espíritu militar, según corresponde a su historia, ahora presentan una resistencia vigorosa que hace a Constantinopla casi inexpugnable.

Los Dardanelos no han sido forzados.

Las escuadras aliadas pagan triste y copioso tributo a la destrucción por medio de submarinos alemanes.

En Francia, no hay manera de romper esas líneas de hierro y fuego, antemural de los germanos.

Italia, hasta la fecha, hace una guerra sin empuje, sin arranque; dijérase que cumple la consigna de combatir «pulgada a pulgada».

Los Estados Unidos, que hicieron finta de desca- bezar, lo han pensado mejor.

Y ya el Imperio come pan blanco, y no parece sino que cada día que transcurre, cada incidente que se desarrolla, cada parcial y episódico acontecimiento, aumenta la cohesión formidable de ese pueblo resuelto a tragarse a los demás, a establecer la supremacía teutónica en el globo!

\* \*

En la Edad Media ocurrió algo parecido.

Los bárbaros, que vivían pobres y frugales en sus selvas, soñaban el sueño guerrero de los Dioses de su mitología.

Las hijas de Votán, cabalgando en sus corceles que relinchan al oler la sangre, lanzando salvajes gritos de alegría al ver los cadáveres extendidos sobre el campo de batalla, eran las inspiradoras de las tribus belicosas, castas y feroces.

Mientras el mundo latino sonreía patrocinado por las Musas, el mundo germano veía cruzar por entre las nubes a las vírgenes guerreras, que incitan a pelear y morir.

Y los latinos sentían la amenaza; Roma combatió para rechazar a sus bosques a aquellos enemigos envueltos en pieles de fiera, y Germánico pudo imponerles, si no el yugo, al menos una valla.

Decadente el Imperio, los germanos empezaron a salir de sus guaridas.

Al principio ofrecían su brazo, su sangre joven y

vigorosa, a pueblos que ya no acertaban a sostener el peso de la espada y del escudo.

Empezaron así, como mercenarios, y acabaron como dueños.

Veían mil cosas apetecibles, que en su tierra natal eran ignoradas por completo; los refinamientos de la civilización los sorprendían tanto como el dulce clima de Italia y las encantadas orillas del Mediterráneo, cubiertas de vides y rosas; y, merced al marasmo en que habían caído los que fueron un tiempo victoriosos en los seculares bosques jamás antes explorados, los bárbaros afianzaron su conquista, llevaron a todas partes su sangre y su raza.

\* \*

España, que parece tener más afinidad con los semitas, encierra no pocos descendientes (no se tome a mala parte) de los vándalos, suevos y visigodos.

Y los bárbaros del Norte (tampoco se entienda esta designación en sentido injurioso para Alemania), han cambiado menos de lo que a primera vista se creyera, durante el transcurso de los siglos.

La portentosa civilización que adquirieron tantos hombres insignes por el pensamiento, por el arte, por la poesía, por la ciencia, por los profundos estudios filosóficos, por la intensidad y altura del sentimiento religioso: Kant, Hegel, Fichte, Schelling, Lessing, Vinkelman, Schiller, Goete, Beethoven, Schumann, Mendelssohn, Bach, Wágner, y la infinidad de nombres que se atropellan en la pluma, no impiden que ese pueblo esté hoy establecido sobre las mismas bases que lo estaban las tribus fieras, inocentes y desgredadas que se precipitaron sobre países más bellos que el suyo, en busca de botín de guerra, fundando reinos.

De aquel germano primitivo, queda mucho, queda lo esencial en el germano de hoy, mientras que en el latino se diría que los caracteres que ostentó la raza en el momento de su esplendor han ido borrándose, siendo substituídos por otros menos útiles para la lucha por el engrandecimiento colectivo.

\* \*

La sangre germana sigue siendo joven, fuerte, impetuosa, y sobre tan rico fondo, la disciplina social ha puesto su coraza, su revestimiento de fortaleza y paciencia.

No ha mucho, al escasear el cuero, se presentaron en las Escuelas alemanas niños descalzos.

Denunciado el hecho por los maestros, la autoridad contestó que el cuero era necesario para la guerra, que el calzado, costaba mucho, y que los niños, en estas circunstancias, podían ir con los pies desnudos sin escandalizar a nadie.

Y lo mismo que van descalzos los chicos, irán los grandes, si se tercia; porque igual que han comido pan negro y mezclado con paja picada y avena dura, aceptarán esta otra privación, esperando el día en que la patria pueda darles permiso para usar zapatos...

Por esto que voy diciendo, no se entienda que soy germanófila.

Estudiar, comprender, es mejor que apasionarse. Yo concedo que los alemanes han hecho la guerra del modo más violento y destructor.

La cosa viene de atrás. En el siglo XVII, los que en una batalla tenían que rendirse no querían hacerlo a tropas alemanas, por temor a tratamientos feroces. Preferían rendirse a los españoles, los que mejor trataban a los prisioneros de guerra.

En Alemania, dado el conjunto de cualidades, tenían que existir estos defectos.

La teoría de la fuerza sobre el derecho tenía que nacer allí, y allí también el teórico de las ideas primitivas, contra la compasión, la caridad y la debilidad: ese Nietzsche, que tan profundamente influyó en la evolución de la conciencia de nuestro siglo...

\* \*

Y no quiero terminar esta crónica sin consagrar un recuerdo a Porfirio Díaz, que acaba de morir.

Con él, México llegó a ocupar puesto muy principal entre las naciones americanas que se despertaron a la cultura y al progreso.

Al irse él, arrollado por los instintos anárquicos a que tanto tiempo sirvió de freno su mano hábil, México cayó en el actual estado, que se califica con decir que se hallan interrumpidos los ferrocarriles, incultas las tierras, en peligro inminente y continuo las vidas, saqueado todo, muerto el comercio, en fuga los extranjeros, temblando los naturales, y los yanquis a punto de poner orden donde no existe.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿No os gustan las golondrinas?

Para olvidar tantos horrores como diariamente leemos, hay que fijar la atención en asuntos, si es posible, idílicos.

Hay que practicar el consejo y lección de los pocos sabios que en el mundo han sido; hay que prestar el oído atento a los rumores concertados y dulces del huerto y las frondas con manso ruido meaneadas.

Hay que poner, más que nunca, mundos de poesía y de encanto en una rosa acabada de coger, con un diamante de rocío en cada hoja, con esa frescura incomparable de los pétalos, que, mejor que seda, parecen una carne virginal y satinada, de doncella o de niño.

Hay que apartarse con el espíritu del estrago de la luctuosa pugna, y crearse un microcosmos gentil, armónico, de paz y de belleza, ¡mientras los hados, siempre enigmáticos y terribles, nos lo permitan!

Y por eso las golondrinas, este año más que nunca, tienen en su canto repicado y gorjeador un atractivo de reconciliación con la vida, de misterioso y humilde goce...

\* \*

Por la circunstancia de que mi residencia de verano encierra muchas salas cuyo techo lo forman, a la antigua, las mismas vigas a descubierto, apeadas en canchillos, las golondrinas le han cobrado una afición desmedida, pues encuentran hecho el sitio para sus nidos.

Una invasión de las lindas aves nos obligó a pensar en defendernos de ellas, sin hacerles el menor daño.

Las ventanas cerradas un par de días, bastaron para desorientarlas. Al menor descuido, sin embargo, volvían, con una confianza conmovedora.

Bien hubiera querido admitirlas, darles hospitalidad para sus pequeñuelos.

Sin creer, como dice el pueblo, que las golondrinas traen la dicha a las casas donde anidan, creo que son tan simpáticas, mansas y alegres, que bien puede sacrificarse algo por ellas.

Mas no tanto como el sueño... Porque se venían a mi dormitorio a nidar, y al primer rayo de la luz de estos tempranos amaneceres de mayo y junio, armaban una algarabía de pitidos, que a un mismo tiempo obligaba a bendecirlas y a renegar de ellas...

\* \*

Eran unas tiranas muy monas, con su azulado pecho y sus negriblanas alas, sus velos surcados y sus gorjeos en que parecen referirse anécdotas.

No hubo más remedio que cerrar la gran ventana de capiteles esculpidos, que sin duda las atraía, como el resto de la casa, por su semejanza con las viejas abadías y torres y las románicas iglesias...

Para tranquilidad de mi conciencia, diré que estoy segura de que hallaron refugio en otras construcciones, en las cocheras, en la panera, sabe Dios... Sólo que ellas prefieren la casa de los techos a la antigua, donde hay rincones tan deliciosos, tan tranquilos, y